

JOAN PALLÉ

ELS JOVES INFELIÇOS

A CARGO DE SJORS BINDELS
21.02.2026 – 24.05.2026

PLANTA 0



Uno de los temas más misteriosos del teatro trágico griego es la manera en que los hijos están predestinados a pagar por los pecados de sus padres. No importa si los hijos son buenos, inocentes, piadosos: si sus padres han pecado, los hijos deben ser castigados. Es el coro —un coro democrático— el que se proclama como el depósito de tal verdad, que se pronuncia sin introducción ni ilustración, tan natural le resulta.

I giovani infelici [Juventud infeliz], Pier Paolo Pasolini

Todos nosotros somos o fuimos jóvenes alguna vez, y la mayoría somos o seremos viejos algún día. A veces, parece como si milagrosamente lo olvidáramos, como si ya no pudiéramos imaginarlo. Como personas, ganamos experiencia, creamos una cadena de recuerdos, tanto negativos como positivos, a veces indistintos, a veces impresionantemente claros y en otros momentos reproducciones imaginativas de fotografías y videos. Tenemos una imagen de nosotros mismos en el pasado y en el futuro. Que podamos tener prejuicios y estereotipos sobre los ancianos y el proceso de envejecer es un problema social. Pero tener prejuicios sobre la juventud, sobre un periodo que nosotros hemos experimentado, es una negligencia algo peculiar. Decir que «todo era mejor en el pasado» es hacer una afirmación vacía, sin base factual ni validez universal. Sin embargo, podemos hacernos esta pregunta: si todo era mejor en el pasado, ¿qué hemos hecho para empeorarlo ahora?

El título de este proyecto individual del artista Joan Pallé, «Els joves infeliços / Unhappy Youth», remite a un texto escrito por Pier Paolo Pasolini en 1975 con el título *I giovani*

infelici. El escritor italiano argumentó que los jóvenes de su época eran infelices porque habían heredado las consecuencias de las generaciones anteriores, quienes habían aceptado primero el fascismo y luego el capitalismo de consumo. Los jóvenes se quedaron atrapados como víctimas o como participantes en un sistema que había destruido el sentido de autonomía, autenticidad y profundas identidades colectivas. Donde Pasolini describió el auge de la sociedad de consumo en Italia hace medio siglo, Pallé mira a la sociedad contemporánea y reflexiona sobre su propia adolescencia y la juventud actual. Los jóvenes de hoy son conscientes de los mecanismos que los hacen infelices, saben que las redes sociales son nocivas, que el sistema los explota, pero se sienten sin poder para cambiarlo. Se mueven constantemente entre atracción y repulsión, ocultamiento y revelación, disfraz y exposición. Pero dentro de esta inquietud, algo más se agita. El acto de transformación en sí mismo se convierte en una forma de agencia. Morderse las uñas mientras se busca dentro, buscar experiencias reales fuera de las representaciones virtuales, pintar su cara o esconderse detrás de una sudadera con capucha no son simplemente gestos de incomodidad, sino también actos de devenir. Hay una rebeldía necesaria para escapar de la culpa heredada y la apatía. Los jóvenes no son simplemente víctimas. Llevan dentro de sí el potencial para la reinención, para abrirse paso hacia algo real e inesperado.

Cuando leemos hoy el ensayo *I giovani infelici* que escribió Pier Paolo Pasolini en 1975, su diagnóstico nos parece casi profético. Pasolini empieza con un tema de la tragedia griega: la predestinación de los niños para expiar los pecados de sus padres. Reconoce que él mismo pertenece a la generación de «padres» y que desde esta perspectiva analiza la profunda infelicidad que observa en los jóvenes de la década de 1970. Describe a los jóvenes a su alrededor como «monstruos» con una «apariencia física casi terrorífica»; tienen pelo espantoso, peinados caricaturescos y ojos apagados. Los ve como niños castigados sufriendo por los errores de sus padres. Pasolini identifica tres pecados capitales de su generación: aceptar el fascismo en todas sus varias formas, crear un seudodemocrático régimen clerical-fascista y, más importante de todo, la aceptación sumisa e inconsciente del nuevo poder de la sociedad de consumo, que describe como la culpa más seria. Pasolini describió el auge de la sociedad de consumo en Italia hace cincuenta años, pero ahora esta se ha globalizado y se ha intensificado. La infelicidad que observó en los jóvenes de su tiempo, y los mecanismos que identificó como su causa, no han desaparecido. Al contrario, se han arraigado tan profundamente en el tejido de nuestra sociedad que se han vuelto casi invisibles. La confusión entre la felicidad y el consumo que identificó Pasolini ya no es una enfermedad emergente, sino algo que ha sido durante mucho tiempo una condición crónica. Si esas generaciones proyectaban en la compra de bienes de consumo la ilusión de su felicidad, ahora vamos más lejos, consumimos estilos de vida, la autenticidad e incluso el bienestar. Los bienes materiales de aquella época han sido sustituidos por experiencias, productos de estilo de vida y el consumo digital. Pero el núcleo sigue siendo lo mismo: la felicidad como algo que se puede comprar.

Sin embargo, una vez más, lo que es diferente hoy es que los jóvenes comprenden qué es lo que les hace infelices. Esta combinación de conciencia e impotencia quizá genere

una forma de infelicidad aún más profunda que la «aceptación inconsciente». Ya no es la inocencia de los que no saben que los explotan, sino la resignación de quienes sí lo saben, pero no ven salida posible. Quizá el aspecto más sofisticado del sistema de hoy sea cómo incorpora y neutraliza la resistencia. Se vende la autenticidad como producto y la sostenibilidad como una estrategia de *marketing*. Incluso se consume la crítica al consumo. Cada forma de crítica, cada alternativa, cada intento de escapar es absorbido y revendido como un producto. Incluso el *mindfulness* y la meditación, una vez prácticas espirituales destinadas a desprenderse de los deseos materiales, se han transformado en apps con modelos de suscripción y funciones *prémium*. El sistema ha aprendido a hablar en el idioma de sus críticos. Nos vende la ilusión de resistencia mientras nos sumerge más profundamente en el ciclo de consumo. Y las estadísticas no mienten: niveles récord de depresión, trastornos de ansiedad y síndrome de desgaste profesional entre los jóvenes; una epidemia de ansiedad y depresión; el agotamiento de gente que siempre tiene que estar disponible, siempre productiva; la falta de sentido que muchos hallan en trabajos de mierda que les pagan pero que no les aportan significado alguno; jóvenes que se sienten viejos, que están cansados antes de empezar, que entienden que la promesa de que, si estudias mucho y trabajas duramente, tendrás una buena vida ha resultado ser una mentira para muchos.

Pero la inquietud que caracteriza a esta generación se manifiesta no como una excitación romántica que busca aventura, sino como una energía frenética y compulsiva que nunca se calma. Los jóvenes se desplazan sin parar, deslizan continuamente, actualizan obsesivamente, no porque esperen encontrar algo, sino porque parar les parece imposible. Esta inquietud parece un movimiento sin dirección, energía sin objetivo, una agitación perpetua que previene un encuentro genuino con la vida. El teléfono móvil se convierte en un tic nervioso, una manera de evitar sentarse con uno mismo, con el silencio, con las preguntas incómodas. El sistema no tiene que reprimir la resistencia cuando puede garantizar que nadie deja de moverse lo suficiente para concebirla. Sin embargo, dentro de esta aparente parálisis, otra cosa se agita. La juventud siempre ha tenido una capacidad casi imprudente de reinventarse, un rechazo obstinado a aceptar el mundo como se presenta. Las contraculturas que han surgido, como el punk, el *goth*, el *emo*, el *hip-hop*, el *rave* y todo lo demás, nunca fueron simplemente declaraciones de moda, aunque a menudo fueron catalogadas como tal. Fueron y siguen siendo actos de imaginación radical, maneras de decir «el aburrimiento que nos ofreces no es aceptable, el conformismo que exiges es la muerte». Cuando un adolescente se pone pintalabios negro y escribe poesía sobre la muerte, no son gestos ridículos, sino intentos de articular algo real para lo que el mundo adulto ya no tiene lenguaje. El *goth*, el *emo*, el marginado, el punk, estas figuras no son fracasos de adaptación, sino rechazos a adaptarse a lo que no se debería aceptar.

Entonces, esta exposición no ofrece una solución a la infelicidad, ni tampoco romantiza nuestras luchas sociales actuales, ni finge entender la depresión, la infelicidad o la juventud. A la vez, es una búsqueda inquieta, una propuesta imaginativa, un espacio

poético y muy personal. No se asienta firmemente, actúa y se transforma. También se mueve entre la atracción y la repulsión, el encubrimiento y la revelación: esta muestra se atraviesa como un ritmo incesante. Es un espacio donde la inocencia tal vez se encuentra con el idealismo, donde se abre una brecha en la realidad prefigurada que heredamos. Donde la rebeldía es necesaria para escapar a la culpa de los padres, donde los jóvenes nunca son víctimas, donde llevan dentro el potencial de reinventarse, de algo real e inesperado.

El desasosiego que parecía una trampa también puede ser el movimiento de devenir, un ritmo todavía no determinado porque sigue descubriendo en qué podría convertirse. ¿Y ahora qué? Simplemente deja que tu corazón se acelere, siente cómo se aprieta el pecho, suda, deja que tus manos se humedezcan, sacude y tiembla, deja que la boca se seque y siente las mariposas en el estómago. Vuela, maréate, ponte tenso, nervioso, observa el peligro y la perdición, sobreanaliza y preocúpate, revuélvete, tropieza con las palabras, toca tu rostro, habla rápida o lentamente, mira con intensidad o evita el contacto en todo momento, ríe nerviosamente, hurga, muérdete las uñas, ráscale detrás de las orejas, el cuello. Descansa, tómame un respiro, sé un fantasma o siéntete vivo, escóndete o exponte. Actúa, déjalo a la próxima generación, devén, quédate o permanece. Espera una década, medio siglo, o rebélate ahora.

Exposición

Coordinación:
Antoni Jové
Montaje:
Txus Montejano
Fotografías:
Roberto Ruiz
Diseño gráfico:
Marta Jou

Centre d'Art La Panera

Dirección y Programas
públicos:
Roser Sanjuan
Coordinación de
exposiciones:
Antoni Jové
Centre de documentació:
Anna Roigé
Educación:
Helena Ayuso
Mantenimiento:
Carlos Mecerreyes
Comunicación:
Isabel Lázaro
Atención al Público:
Joana Casillo, Miquel
Palomes y Mariona Montes

Horario

De martes a sábado,
de 10 a 14 h
y de 17 a 19 h
Domingos y festivos,
de 11 a 14 h
Lunes cerrado

HO ORGANITZA



Ajuntament de Lleida